

Año V.

Barcelona 23 de Enero de 1891

Núm. 2.



NUESTROS AUTORES, POR P. ROSS.



JAVIER DE BURGOS.





Días hace que muchos poetas, eruditos y americanistas no prueban bocado ni sosiegan un punto pensando en el centenario de Colón.

Los primeros beben la inspiración en el Océano, aún á riesgo de que el influjo purgante de sus ondas haga que el poema empezado acabe necesariamente en seguidillas.

Los segundos revuelven á Roma con Santiago para averiguar algún hecho oculto de la historia del gran genovés, con objeto de acreditarse de bibliófilos estudiosos y perspicaces.

Los terceros tratan de saber si entre los *aborígenes ó autoctonos* encontrados por Colón en Cuba existía ya el vista de Aduanas.

Adviértese un movimiento *colonófilo* semejante al delirio calderoniano que acometió á escritores y artistas cuando el centenario del ilustre autor de *La vida es sueño* y tan inusitado como la fiebre cervantófila que padeció años atrás la gente de letras.

Yo que el duque de Veragua, pediría al Gobierno un par de tercios de la Guardia civil en auxilio de la familia.

Porque son muchos los que confiesan misteriosamente que van á hacerle algo á Colón.

Del intento de canonizarle se desistió hace tiempo, consobrado motivo.

El otro san Cristóbal se hubiera puesto, y con razón, hecho una furia.

Que al fin y al cabo, á su nuevo homónimo le representarían también con el mundo al hombro.

Pero sillamarle san Cristóbal es mucho, decirle Cristóbal á secas, sin tratamiento alguno, es demasiada franqueza y puede ocasionar graves errores.

—Oye tu— preguntaba un chulo:—ese Cristóbal del centenario ¿quién es? ¿algún cosechero de centeno?

—¡Ca, hombre! Uno que dicen que trajo un mundo.

—Si, vamos: un mozo de cordel.

—¡Quiá! Si el tal sugeto era de esos de Cuba.

—¿Aguador?

—¡Que si quieres! Uno que estuvo en las Américas.

—Ya entiendo: estaría en «las Américas» de paso para el Rastro.

Las fiestas en ciernes serán en Huelva, y con tan fausto motivo, los onubenses transformarán sus célebres humos en nubes de incienso que se eleven honrando la memoria del inmortal descubridor; y por el monasterio de la Rábida desfilarán las provincias de España, como en el último cuadro de las revistas teatrales que ahora se usan.

Allá irá Barcelona, porque á nuestro puerto

arribó Colón después de aquel viaje redondo que acabó de redondear á los católicos Reyes; allá irá Granada, porque en su recinto se hicieron los preparativos del viaje; Valladolid, porque allí murió Colón; y hasta Salamanca, cuya junta de sabios tachó de visionario y de loco al glorioso navegante, irá también á depositar con arrepentimiento su ofrenda en el torno humilde del monasterio.

Son muchos los temas que tratan de desenvolver en sendos trabajos infinidad de jóvenes entusiastas y amantes del saber.

Véase la clase:

«De como Colón pudo empezar en *Palos* y hacer su descubrimiento por carambola».—Premio de los jugadores de billar.

«¿Cuántas americanas encontró Colón en el Nuevo Mundo? (como quien dice: en el fondo del cofre).—Diploma honorífico del gremio de sastrería.

«El pendón castellano clavado en San Salvador por el ilustre genovés y otros pendones enviados á América por la madre patria».—Varios premios del partido autonomista antillano.

«Averiguar si Cristóbal Colón, al arribar á América, echó primero el pié izquierdo ó el derecho ó saltó á tierra á piés juntillas.» Premio de la Academia de la Historia.

Otros puntos no menos importantes y trascendentales se pondrán en claro cuando los libros, memorias, folletos y opúsculos que ahora se hallan en gestación, salgan á la *indigestación pública*.

\*\*\*

El vigente frío está causando hondas perturbaciones en la vida nacional.

Los trenes no circulan porque el agua de los depósitos está hecha un pande hielo, y además las avalanchas de nieve cubren los rails; por lo cual, la locomotora, acostumbrada á correr siempre con falsilla, no se atreve á trazar sudoble línea de marcha en la blanca y monótona superficie del suelo nevado. Los ríos se han plantado y ya no se necesita ser un Moisés para pasar el agua á pié enjuto; la columna termométrica baja tanto y tan de prisa, que hay quien, viéndolo en tercer piso, cuelga por la noche el termómetro en el balcón y á la mañana siguiente tiene que bajar al entresuelo á ver á cuántos grados estamos.

—No sé que hacer con este chico—decía un papá desvelado y cariñoso:—los malditos sabañones le han puesto como una perdición las orejas, las manos y los piés...

—¡Pobre criatura!

—Y no puede ir más abrigado. Lleva un traje de paño, que está á la vista; otro segundo interior...

—¿Derecha ó izquierda?

—Y dos pares de calcetines; ya vé V. ¡qué menos!

—Es claro. Lo suficiente para no ir descalzo de ningún pié.

—Y aquí me tiene V. apurado; ya no sé que ponerle.

—Póngale V. horchatería. Es lo mejor.

Hay quien enmienda la plana á Dumas y di-



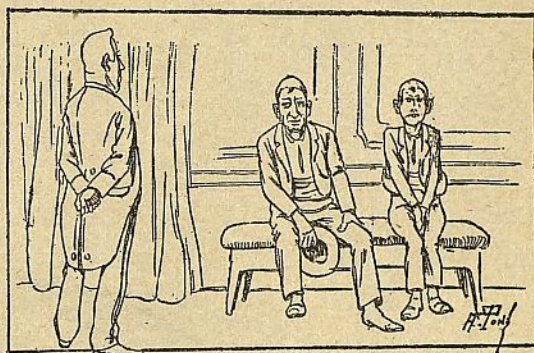
## LAS ELECCIONES, POR PONS

ANTES



—Y si yo obtengo el acta por este distrito, allí donde yo esté, tendrá Vd. un amigo dispuesto á servirle.

DESPUES



—Pero ¿le ha dicho Vd. que soy su amigo del distrito?  
—Si señor, y dice que ni le conoce á Vd. ni recuerda haberle conocido nunca.

ce que el polo empieza en los Pirineos; el polo helado, por supuesto, porque el «ardiente polo» —que dijo el vate— ¿quién le pescara, siquiera por un cuarto de hora?

Yo creo que Rusia, indignada ante la comedia bufo-nihilista de Olot, ha querido castigarnos trayendo la Siberia á España, ya que no podía llevarnos á la Siberia.

Las señoras vestidas de blancas pieles y los hombres vestidos de pieles-rojas abundan por esas calles, para envidia del menos afortunado transeunte que murmura de aquellos felices seres, tan solo por el gusto de quitarles la piel.

Con este tiempo, el simple embozo de la capa no satisface. Hay quien se dá cinco ó seis vueltas de embozo y sale de casa hecho un currucho de castor.

Un individuo así empaquetado tropezó el otro día, y no llegó á besar el suelo gracias al brazo de un su acompañante.

Y antes de que éste se enterara del resbalón, le advirtió una joven:

—Caballero, que se le cae á V. la manta de viaje.

Si, con la esperanza de buscar el buen tiempo, se acoge uno á los calendarios, sale de su lectura tan desesperado como si acabase de leer el *Werther*.

En efecto, los inhumanos astrónomos nos predicen el mismo frío hasta Marzo, sin perdonarnos un solo día.

Habremos, pues, de pasar los carnavales con careta, más por abrigo que por deseo de embromar á nadie.

Y en cuanto entre la Cuaresma, repetirán los predicadores aquel sermón del cura montañés:

—Hermanos míos: el infierno es el lugar más frío que se conoce; los condenados viven una eternidad entre témpanos de hielo y dando diente con diente ¿quién no conoce de oídas las garrapiñeras de Pedro Botero?

—Padre—le decía luego el sacristán:—¿por qué habeis dicho á los fieles que hacía tanto frío en el infierno?

—Porque si á ésta gente les dices que allí hace calor, se condenan todos por la posta.

Los jornaleros sin trabajo, los pobres sin casa ni hogar, los mendigos sin pan y sin abrigo son la preocupación constante de las personas caritativas, filantrópicas y altruistas.

Mi compasión se dirige hacia otro lado.

Hacia los pobres candidatos á diputados, que aunque no se ganen la diputación, se están ganando el cielo recorriendo el distrito con nieve á la rodilla.

¡Cuántos ofrecimientos hará en los altares la abandonada esposa del candidato convertido en misero caminante!

¡Cuántos votos se piden ahora y cuantos ex-votos se colgarán después!

¡Oh, candidato, cuitada pajarita de las nieves! ¡cuan frío encontrarás ahora el cuerpo electoral!

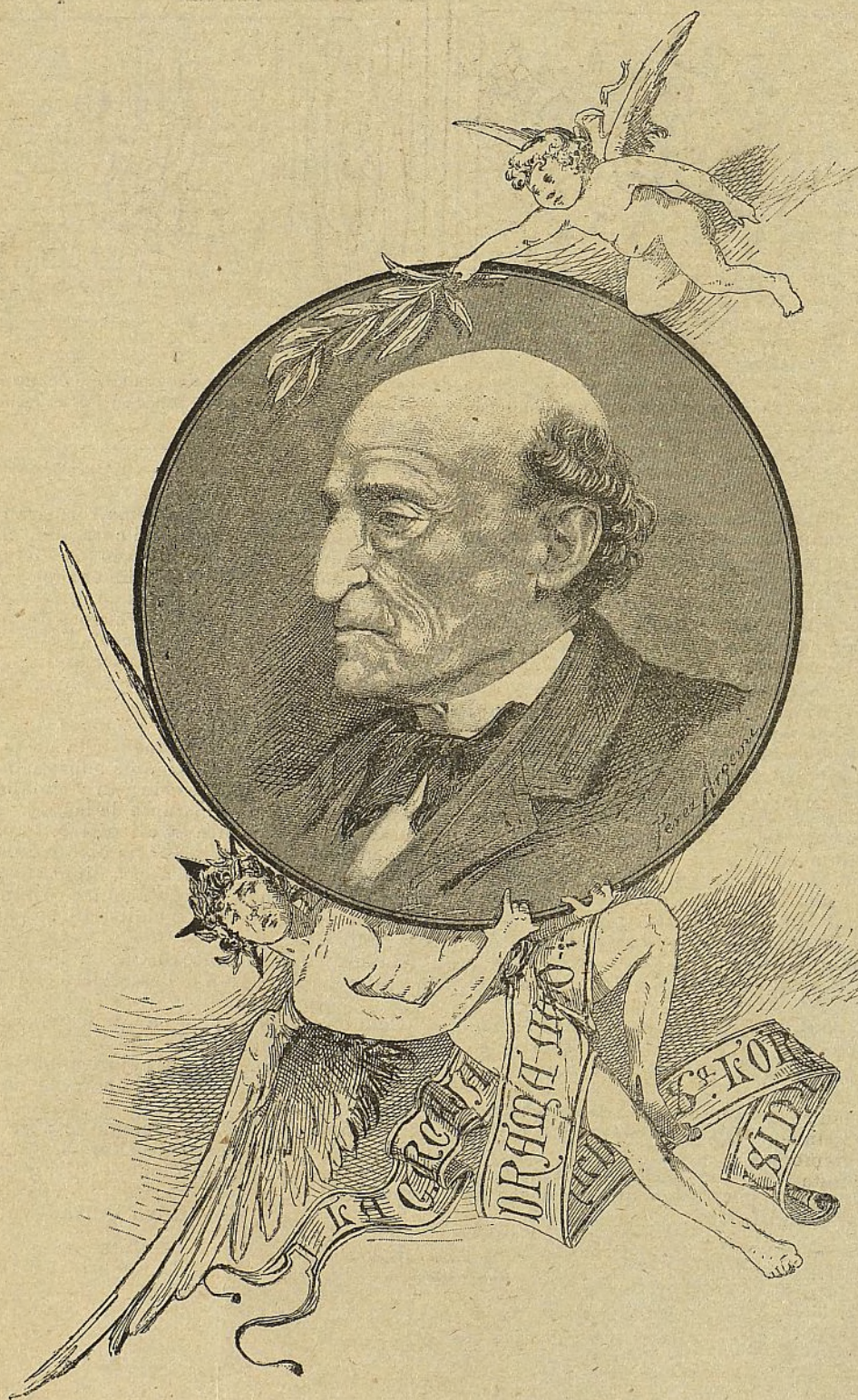
Y á fines de Febrero, cuando se abran las Cortes... miedo da pensar en ello.

¡Cómo estará de sabañones el Congreso de Diputados!

LUÍS ROYO VILLANOVA.



## A LA MEMORIA DE VALERO.



Homenaje de LA SEMANA CÓMICA.

Ayuntamiento de Madrid





## LA FLORISTA

## MONÓLOGO

«En los Madriles nací  
sin saber como ni cuando,  
y sola me fui criando,  
sin que cuidasen de mí,  
Me alojé, siendo pequeña,  
en casa de una vecina,  
pero me daba la indina  
poco albergue y mucha leña.

A los seis años cabales,  
ya *El Liberal* voceaba;  
mas lo dejé, pues sacaba  
poco de los liberales.  
Se prendó de mis ojillos  
uno de esós gaterillas  
que ván cojiendo colillas  
y ascienden á monaguillos,  
y el chico y yo en un momento  
(con buen fin, por de contado)  
pusimos con lo ganado  
un *gran* establecimiento;  
mejor dicho, una banasta  
con abanicos, tortones,  
cerillas, chufas, botones  
y muñequitos de pasta.  
Fuimos de mal en peor,  
me puse luego á coser,  
pasé de niña á mujer  
sacando salvo mi honor,  
y hoy que gano dos pesetas,  
vivo, á pesar de mis cuitas,  
dichosa entre mis varitas  
de nardos y mis violetas.  
¿Que si se acuerda de mí

EN EL BAILE, POR MELITÓN GONZALEZ.



—Pero ¿no comprende Vd. que si bailamos los dos,  
resultará una pareja indecorosa?

aqué! que monago fué?  
De mis pesares le hablé  
un día, y al verme así  
me abandonó el muy bribón  
por una mujer cobarde,  
más fea que Calomarde  
cuando tuvo el sarampión.

Lloré desde Enero á Mayo,  
y hoy vivo entre gente vil,  
dispuesta, como otras mil,  
á hacer de mi capa un sayo.

Al ver mis facciones bellas,  
me echan flores los señores.  
¡Mire usted que echarle flores  
á quien se desprende de ellas!..

Ser atenta es mi divisa,  
y á cada frase respondo  
con un suspiro muy hondo  
que acaba en una sonrisa.  
Si soy guapa, la verdad,  
no lo sé, pues mi espejito  
me dice que mi palmito  
es una preciosidad;  
mas vivo tan escamada,  
que, como mi espejo es viejo,  
hasta dudo si el espejo  
me está dando la tostada.

De apetito no ando mal;  
mi nombre, Rosa Laguna;  
no tengo espina ninguna  
mas que la espina dorsal...  
Y, en fin, si quiere el lector  
ir á ponerse á mis piés,  
sepa que vivo en el tres  
de la calle de la Flor.»

A ruego de la interesada y por gratitud  
á la misma:

JUAN PEREZ ZÚÑIGA



## DE ACTUALIDAD

Yo, que limito mis aficiones  
sólo á los libros y á los papeles,  
ó á los ardientes y dulces sonos  
de las canciones que en los verjeles  
dan las alondras y los gorriones;  
yo, que idolatro las creaciones  
de los buriles y los pinceles,  
tengo en las musas amigas fieles,  
gusto de Wagner las concepciones  
y sólo el arte me sabe á mieles,  
nunca amé de la moda las perfecciones,  
á los más lechuguinos juzgué peleles  
¡y hoy, Dios sabe que pongo mis ilusiones  
en tener un soberbio gabán de pieles!

¿Que esto es muy fútil, amigo mío?  
¡Si ya es Enero, y hace ya un frío  
que dá en el rostro golpes crueles  
é inútilmente le desafío!  
De la elegancia tal vez me río;  
no me deslumbran sus oropeles  
ni me arrebatan el albedrío;  
¡pero Dios sabe que me extasio



al ver tantos señores de cascabeles,  
tantos señores gordos como toneles,  
que pasan tan risueños al lado mío!  
No saben quien fué Dante ni quien fué Apeles,  
ni Terencio, ni Euclides, ni Praxiteles;  
¡pero saben que nunca se siente el frío  
si se tiene un hermoso gabán de pieles!

La gente pobre, la vil morrralla  
que en la miseria bebe sus hieles,  
mientras el frío *nos* ametralla,  
vamos temblando como lebreles  
cuando su dueño los avasalla;  
vamos piafando como corceles  
cuando pretenden saltar la valla;  
somos el fruto de la metralla  
y la parroquia de los burdeles.  
Cuando llega el invierno y el frío estalla  
me quedo más inútil que una antigualla,  
los huesos se me arrugan como cordeles,  
y resignadamente digo:—¡Otro talla!...—  
¡pongo contra el frío débil muralla  
y sueño en un hermoso gabán de pieles!

Sufriendo—¡oh, frío indócil, áspero y rudo!—  
los golpes con que á ratos herirme sueles,  
digo á mi gabancillo:—¡Pobre *peludo!*  
¿Cuándo tendrá tu dueño gabán de pieles?—

RICARDO J. CATARINEU.

## LA SEÑA PEPA.

✱

—¿Queda V. enterado?

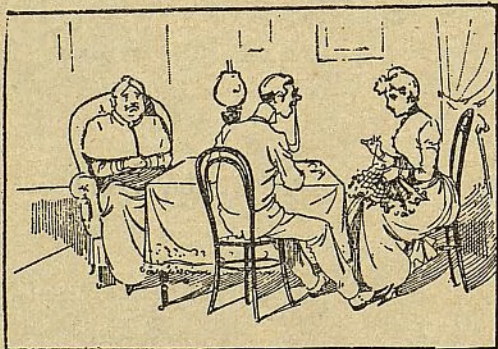
—¿Zi zeñora... voy á casa der difunto; allí, en  
er portá, apunto el nombre de V. en esa lista  
que hay en la meza y me'vuervo...

—Eso es... A ver si haces una de las tuyas...

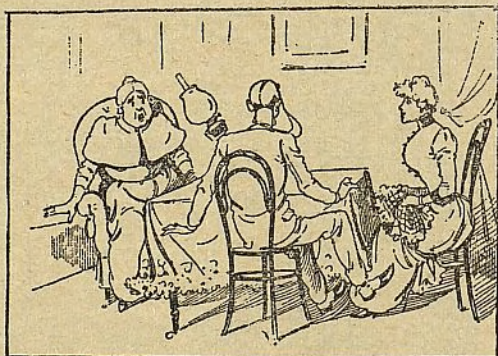
—Descanse usted, mi ama...

Y el asistente fué á su alcoba, se puso la ca-  
zadora de uniforme, se encasquetó la gorra de  
plato y se marchó á la calle dirigiéndose al  
domicilio del amigo de su comandante, á cum-  
plir de parte de su señora el triste recado de  
atención exigido por la sociedad. Bastaba ver  
la cara redonda del bueno del soldado para adi-  
vinar en él ese desahogo peculiar de la igno-  
rancia; sus ojos eran azules, astutos, ladinos;  
la expresión de su fisonomía retozona, solapa-  
da, despierta; de toda su persona trascendía  
atreimiento y resolución; á cuantas much-  
achas encontraba al paso, les cortaba la marcha  
plantándose delante de ellas y disparándoles  
en sus propias narices una sarta de chicleos;  
á la vuelta de una esquina se halló con un  
camarada de regimiento y se entretuvo con él  
en echar un pitillo murmurando de lo lindo  
del sargento primero de la compañía; más

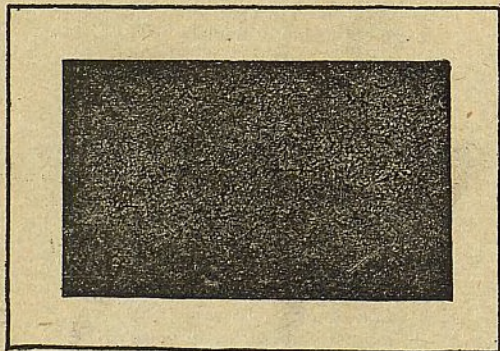
### ESCENA ÍNTIMA, POR CILLA.



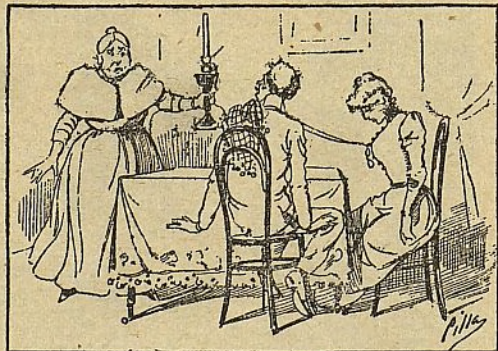
Ella es todo candor; él un bendito;



mas viene un contratiempo inesperado



¡y tras lo misterioso y lo ignorado,



se descubre la huella del delito!



allá se topó con un paisano de pueblo y tornó á hacer alto y á charlar del alcalde, y de la novia y de cuantas cosas constitufan para su corazón el dulce poema de la ausencia. Al cabo, repitiendo sus descansos en cuantos puestos de periódicos le deparó la suerte, echándose una copa en la bodega de un amigo y permaneciendo media hora en el almacén de vino con motivo tan plausible, quiso Dios que el asistente avistara la plaza donde el comandante habitaba en vida y se coló de rondón en el portal.

En el fondo, iluminada por el débil resplandor de la lámpara del portal, que vertía sus rayos en un gran pliego de papel lleno de firmas, se distinguía un velador cillo que ostentaba sobre su tablero una pluma, un tintero de cristal y la lista de nombres, en la que los conocidos del difunto acudían á hacer constar su sentimiento por la pérdida, librándose de esta suerte la familia de esa añeja tortura del novenario, en la que los amigos, durante los nueve días siguientes al fallecimiento, se encargan de mantener fresca la herida que el que partió para no volver deja en los que le sobreviven, renovando con su charla recuerdos punzantes, en vez de dejar que sobre ellos vaya tendiendo el olvido sus jugos de adormidera.

El asistente se acercó á la mesita, cogió la lista y se entretuvo en leer las firmas, comentándolas con admiración cuando se encontraba con la de algún general, que era para el pobre soldado el símbolo de la más alta categoría en este mundo. Uno por uno se deletreó todos los garraños de la lista, diciéndose para sí que aquellos duques y marqueses tenían bastante mala letra; luego tomó la pluma, la limpió en el forro del chaquetón, disponiéndose á dejar

en el papel una muestra de su péñola y en estas bajó una criada que él conocía y sin andarse en rodeos soltó el mango y dió rienda suelta á la lengua, enredándose con la sirvienta en un interesante palique, aderezado con risotadas contenidas y alguno que otro pellizco de propina sabrosa. La criada llevaba «mucha prisa» y liándose bien en su mantón, se largó contoneándose, mientras el soldado volvió á requerir la pluma y á limpiarla en la cazadora para quitarle los pelillos.

Un rato permaneció el asistente indeciso y se preguntó si debería poner en la lista algo triste, como una dedicatoria que hiciera llorar á las piedras. ¡Si ése se hubiera acordado de un «deletrero» que había en una lápida del camposanto de su pueblo. . . . ¡Aquello sí que era tierno!.. Pero ¡ca!.. No retenía en el magín ni palabra... ¡Caramba!... allí pegaba que ni con cola una copla sentía... En fin, el ama mandó escribir el nombre y san se acabó... ¿Y habría que dejar también el apellido? El asistente recordó que la señora del comandante y la suya eran grandes amigas y se contestó que el apellido no se necesitaba; leyendo la viuda «Pepa» ya sabía de quien se trataba... Pero el asistente no se atrevió á estampar así, á secas, el nombre de su ama; eso de que élla repre-

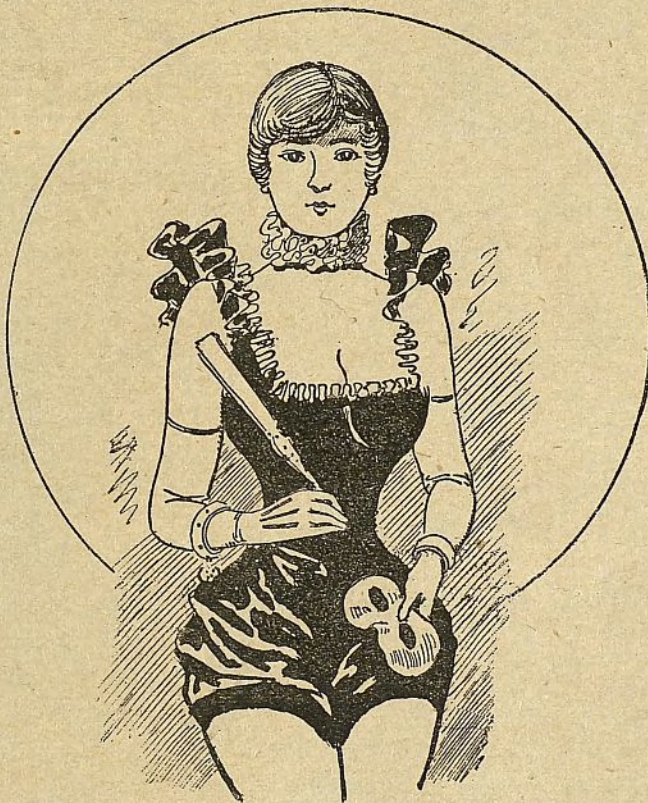
sentaba no concluía de inculcársele en el magín; entonces, tomando su partido resueltamente y decidido á no quitar á su dueña el tratamiento, escribió muy despacio, con unos rasgos extrambóticos en fuerza de querer ser finos:

«La seña Pepa».

Y echando debajo la rúbrica, salió tan tranquilo y orondo del portal.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

### EL CARNAVAL, POR MELITÓN GONZALEZ.



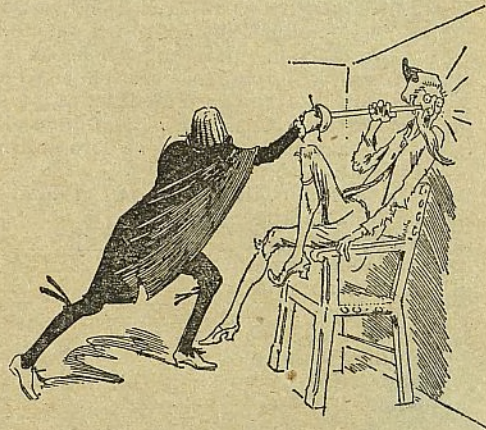
Debiera cambiar de nombre este tiempo de las máscaras y, en vez de Carnes-tolendas, llamarse Carnes-tunantas.



## LA ESPADA DE BERNARDO. -- CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES. (Continuación.)



El buen hombre echó sus cuentas de este modo: —Es lo cierto que mi hijo era un tunante y que vivía estafando á ese pícaro usurero de Don Isaac... el cual, al fin, habrá querido vengarse.



Y empuñando la ensangrentada espada, se dirige hacia la casa de Don Isaac, al cual *pincha* bonitamente.



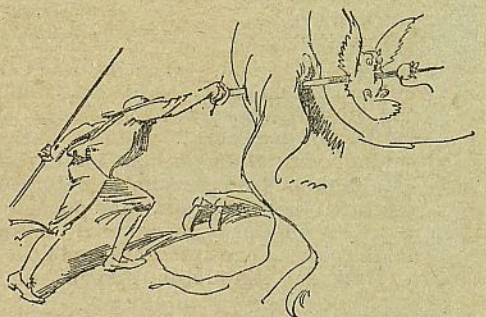
¡Cien veces bribón!... Por ahí viene leyendo su breviario. ¡Ahora vas á pagarlas todas!



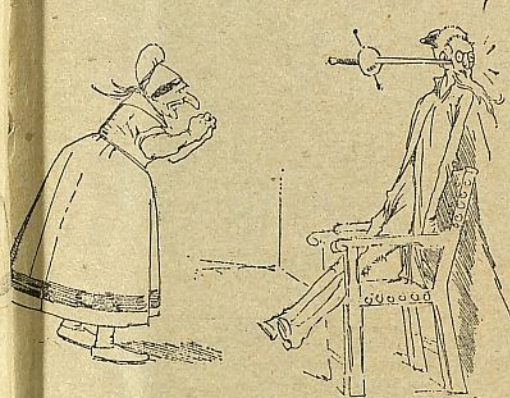
Y en efecto, en cuanto llega el bueno del cura, la energúmena lo *pincha*.



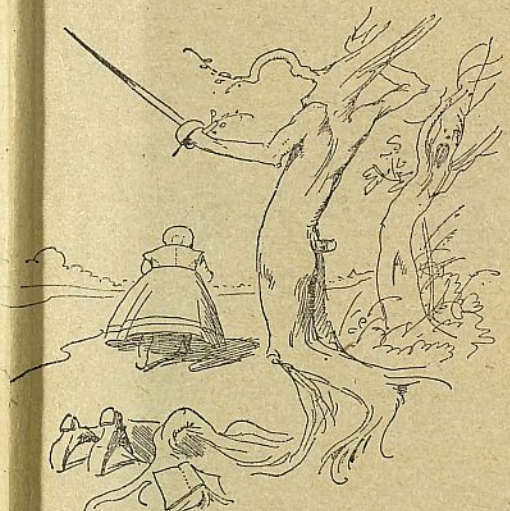
Y desarmando al árbol y gritando: —¡Árbol embrujado, aun cuando seas el mismo Satanás, vas á pagarla!



lo *pincha* denodadamente, *pinchando* al mismo tiempo á un inocente mochuelo, que muy pacíficamente se almorzaba un ratoncillo en el interior del carcomido tronco.



En cuanto la mujer de Don Isaac vió á su esposo en tan triste situación, dijo, arrancando la malhadada espada:



suspendiendo la espada en la rama de un árbol, se alejó muy satisfecho de su venganza.



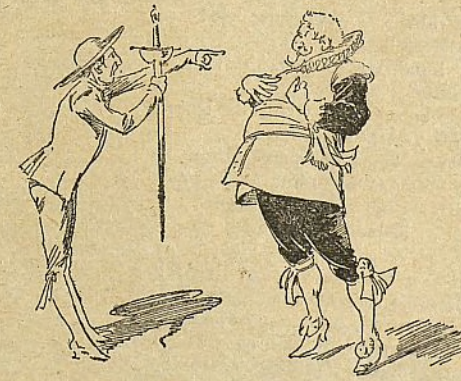
Pero examinando friamente el cuerpo del delito y reconociendo á la celebrísima espada de Bernardo, la que jamás había *cor-* ni *pinchado*...



—No hay que dudarlo: aquí se descubre la mano del señor cura, que profesa un odio mortal á los judíos. ¡Ah, bribón!



—¡Ave María purísima! exclamó el Alcalde viendo tendido á lo largo del camino el cadáver del padre cura. ¿A quién sino al diablo puede habersele ocurrido privar á la tierra de un santo?...

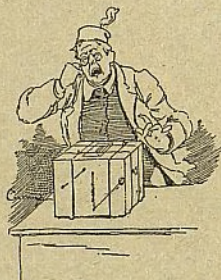


fuése derecho hacia su dueño y le dijo ahucando la voz: —Calle su merced, que no han de valerle excusas y entréguese á la justicia por el alma del padre cura.

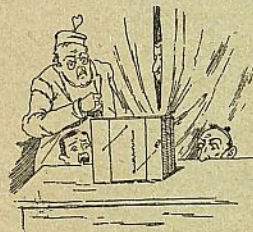
(Se concluirá)



## LA GRATITUD DE PADLEWSKI Ó LA PLANCHA DE



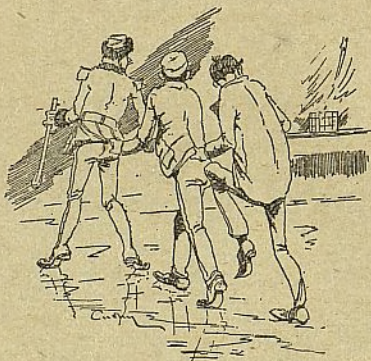
Acaeció por aquel tiempo, que en la Administración de Correos de Olotoski se recibió un día una caja lacrada y precintada.



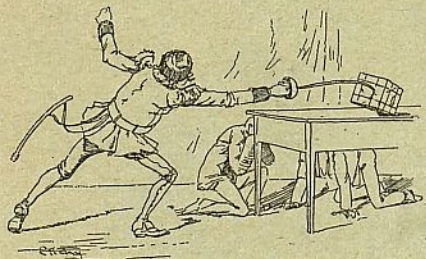
Caja que, por su aspecto sospechoso, llevó la desconfianza y el temor al ánimo de los empleados.



Oportunamente avisado, comparció el gobernador. El cual pensó por su capote:—¡Esceiente servicio voy prestar á mi patria!



y ordenó, como primera medida, un movimiento envolvente alrededor de la caja.



—¡Esto es grave, muy grave gritó el Gobernador. Desenvainó acto continuo la espada...

## A TRABAJAR

(CASI ODA)

(Decoracion de casa cursi, con reunion y piano)

¡Viva el trabajo, sí, viva el trabajo!  
La más hermosa idea  
de quien al hombre al Universo trajo  
esa fué: la tarea.

El trabajo ennoblece. ¿Qué es la tropa  
de marqueses y condes anodinos?  
¿De qué sirven, decid, los pergaminos  
donde está un picachón ó una garlopa?

De la activa labor que las precede  
las gotas de sudor son el emblema;  
¡y la única diadema  
que orgulloso mostrar el hombre puede!

Cavad la mina, levantad la torre;  
como el rayo corred, cruzad los mares,  
sin temer de la suerte los azares,  
que más que el huracán el vapor corre (!)  
Taladrad las montañas;

que pueda el tren atravesar la sierra;  
sacad de las entrañas de la tierra  
los tesoros que guarda en sus entrañas.

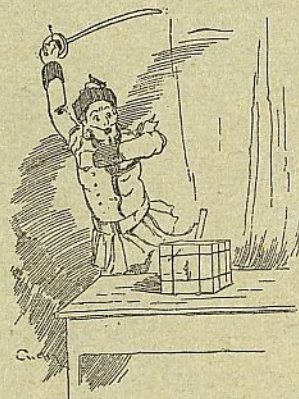
Todo, todo al revés hay que volverlo;  
¿de progresar el ansia quién resiste?  
¡Sus! Probemos á Dios, si Dios existe,  
que el hombre sabe serlo.

Del progreso en la senda á nadie asombre  
que esté hoy la humanidad adelantada;  
¡todavía no han hecho casi nada  
el cerebro y los músculos del hombre!

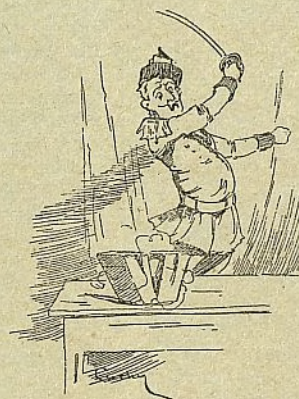
Trabajad, trabajad hasta el exceso,  
sin perder un segundo;  
¡tanto á andar hácia atrás se inclina el mundo  
que un descanso equivale á un retroceso!

¡Nos explotan? ¡Mejor! Nadie al enjambre  
de burgueses maldiga,

## UN GOBERNADOR (FÁBULA RUSA) POR CUCHY.



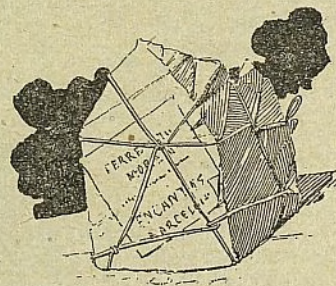
y ¡zas!



y ¡zas! la caja quedó en pocos momentos hecha astillas,



y retiradas éstas



fué despojado el bulto de su envoltorio,



dejando al descubierto la plancha más bien hecha que han contemplado y contemplarán las generaciones pasadas, presentes y futuras.

ni del hambre hable mal: si más obliga  
el hambre á trabajar ¡bendita el hambre!  
¿Que puede destrozar el organismo  
la labor excesiva? ¡Nada importa!  
Pues que la vida es corta,  
morir hoy ó mañana da lo mismo.

Y esto yo natural lo considero:  
como la muerte halla  
el soldado en el campo de batalla,  
justo es que en el taller la halle el obrero.

El mundo es una rueda; que se gaste  
entero su poder quien algo pueda,  
en hacerla rodar; si cuando rueda  
coge á alguno y lo aplasta... ¡que lo aplaste!

¡Que el temor de morir á nadie impida  
entregarse al trabajo con fé ardiente:  
¡una satisfacción, así, se siente  
que vale más cien veces que la vida!

Como el trabajo nada  
al hombre satisface:  
entre la dicha y él hay un enlace,  
prueba de que la dicha está en-la-azada.  
¡Todos á trabajar, pues, con exceso!  
Sitio donde se huelge, clausurado

sea—los Ministerios, el Senado,  
los Gobiernos civiles y el Congreso.—

Ocho horas de trabajo sólo al día  
pide la masa obrera con ahinco...  
Yo pido veinticinco...  
¡y aún me parecen pocas todavía!

FERNANDO SEGURA.

## UNA DE ESAS (1)

—Mira qué hermosísima mujer viene hacia nosotros.

—Muy hermosa, en efecto... Pero pasemos á la otra acera, que no la quiero saludar.

—¿La conoces?

—Sí. Por eso; porque la conozco.

—¿Te ha ofendido, acaso?...

—No, pero me es muy antipática.

(1) Del libro *Blanco y Negro*, que acaba de publicarse.



—¡Caramba! pues serás el único á quien no le guste mujer de tan bizarro aspecto. ¿Quién es?... ¿Cómo se llama?... Supongo que será casada ó viuda.

—Se llama Inocencia, y es casada.

—¿Y su marido?

—Su marido está ausente por catorce años.

—¡Qué ausencia tan favorable para un conquistador afortunado! ¿Has pretendido galantear á esa mujer?...

—¿Yo? Dios me libre de tan mal pensamiento.

—Pues ¿qué especie de monstruo es esa mujer tan hermosa?...

—¿Quieres saberlo?...

—Ya lo creo. Me has puesto en gran curiosidad.

—Pues oye. Pepe—Pepe es su marido—la conoció en un baile de máscaras en el teatro Real, un baile de beneficencia, al que concurrió la flor y nata de la sociedad madrileña. Pepe se prendó de su elegante y distinguido porte, de su agudo ingenio, de aquellos ojos cuya mirada relampagueaba bajo la finísima careta, y á ella, sin duda, la enamoró Pepe, que era un joven simpático y buen mozo y muy perito en el arte de agradar á las mujeres. Del baile salió completamente loco; ella le había indicado los nombres de varias personas que podrían presentarle á sus padres, y ocho días después, Pepe hacía su primera visita á aquellos señores. Parecíale á Pepe y á todo mundo que los padres de Inocencia se hallaban en excelente posición. El padre, hombre político de tercera ó cuarta fila, bullía mucho, frecuentaba el Congreso, por haber sido diputado años atrás por influencia de un personaje ya difunto, escribía de vez en cuando algun artículo en son de apasionada censura ó de elogio desmedido relativamente á las poderosas Compañías industriales, figuraba en candidatura para concejal ó diputado provincial, ó altos cargos retribuidos, y recibía en su casa bastante gente, atraída por la amabilidad de la señora, la gracia y gentileza de la hija y la franqueza y cordialidad del hombre político, que se daba aires de influente cerca de los Ministros y de amigo de todo el mundo visible. Nadie sabía á ciencia cierta en que consistía el haber de D. Perfecto de Albur y Gallo, y muchos sospechaban que precisamente sus apellidos paterno y materno tenían singulares conexiones con el origen de sus recursos. Lo cierto es que en casa de D. Perfecto se notaban todas las señales de la holgura, porque la hija era una de las señoritas más lindamente ataviadas, y la madre y ella frecuentaban los teatros y los paseos, y tenían dos criadas y criado, y el cuarto de la calle del Príncipe en que vivían no costaría menos de veinte mil reales.

Pepe fué muy bien recibido; á la mamá le hizo mucha gracia por su carácter franco, por su animada y agradable conversación, y al papá le pareció un mozo que iría lejos, porque tenía desparpajo y buen aire, y hablaba de todo con sin igual desembarazo, y se mostraba conforme con las ideas políticas de D. Perfecto, que era un gran liberal, pero de orden, eso sí, de mucho orden...

Al cabo de seis meses, Pepe, que disfrutaba un modesto destino en Hacienda y acababa de lograr un ascenso, quiso ascender también de novio á marido, y pidió con la mayor formalidad la mano de Inocencia, que le fué otorgada. Y entonces supo que la novia no tenía dote, pero estaba demasiado enamorado para que le contrariase una pequeñez semejante.

—Usted—le dijo D. Perfecto—es joven, inteligente y listo, y tiene un gran porvenir. Hay que saber vivir en el mundo, no ser encogido y pusilánime, mirar siempre

alto y hablar gordo, no achicarse jamás y no mamarle el dedo. Yo seré diputado otra vez un día ú otro, y si no se hubiera muerto aquel grande hombre que me trajo al Congreso en una elección parcial, dos semanas antes de cerrarse las Cortes, crea usted que á estas horas ya me habria calzado con una cartera. Pero no tenga usted cuidado, que todo se andará.

Eso sí, D. Perfecto en aquella circunstancia tuvo sin duda la protección decidida de sus dos apellidos, porque puso una casa muy mona á los novios, con muebles elegantes, y vistió á Inocencia con la mayor esplendidez. De suerte que cuantos tuvimos la fortuna de asistir á la boda, quedamos persuadidos de que era el padre hombre de recursos sobrados y de bastante buen gusto. No he visto nido nupcial más bello que el entresuelo de la calle del Prado en que se instalaron Pepe y su mujer, después de un gran banquete con que D. Perfecto celebró en su casa el fausto acontecimiento.

Por cierto que formaban una gentil pareja Inocencia y Pepe, y daba gusto verlos en el teatro los primeros días, cuchicheando como dos tiernísimos enamorados, y luego en Viena tomando el chocolate con bizcochitos, y dándose sopitas de la manera más encantadora que pueden ustedes imaginar. ¡Y qué elegante y bizarra y distinguida siempre la señora! Comprendíase que Pepe estuviera orgulloso de presentar en público tan soberana hermosura.

El verano lo pasaron en San Sebastián, y en el invierno siguiente me los encontré en el Real. Dijome Pepe que habían tomado abono, porque Inocencia no podía pasar sin ópera, y le felicité suponiendo que se hallaba bien de dinero; pero no quiso dejarme en este error, y me confesó que estaba más apurado que nunca, y que para el abono habíase visto precisado á tomar dinero de uno que lo daba... al cinco por ciento al mes. A este y otros sacrificios le obligaba el amor que profesaba á su mujer, que era la más bonita de Madrid, á quien no se atrevía á contrariar negándole la satisfacción de sus caprichos. —«Pues hijo—le dije—ten cuidado, porque vendrá á ser un problema insoluble el de satisfacer todos los caprichos que pueda tener tu mujer, si no cuentas con todo el dinero que cuesten.» Y Pepe no pudo contener un suspiro con que claramente me declaraba cuánto le preocupaba ya la solución del pavoroso problema de que yo le había hablado. Quiso aquella noche que les acompañara á cenar después de la función, porque Inocencia, muy desganada, me dijo, en su casa, únicamente á las altas horas de la noche sentía apetito. Desde el teatro Real fuimos á Fornos; allí, en gabinete particular, Inocencia pidió cosas tan caras como indigestas á tales horas, y ella y su marido saborearon con deleite las ricas ostras de Arcachón, el sabroso jamón crudo, los frescos langostinos, el *biscuit glacé*, el *Sauterne* y no sé cuántas cosas más de comer, beber y arder: total veinticinco pesetas con la propina; por donde calculé que si sólo en cenar se gastaba Pepe veinticinco pesetas, la vida le debía salir por una friolera.

Muchas veces encontré á Pepe solo ó con su mujer, y siempre los hallé tan bien aderezados como de costumbre, y otra noche, en el teatro, vi en las diminutas orejas y en la muñeca y en el pecho de Inocencia deslumbradores brillantes que, aunque soy poco perito en cosas de joyería, me pareció que debían valer un dínaral. A la salida ví como Pepe é Inocencia montaban en una elegante berlina. Pepe me dijo: —«Hemos tomado un medio abono.» Con lo que no pude menos de sospechar que la fortuna había concedido sus favores á



POLÍTICA CONTEMPORÁNEA, por MELITÓN GONZALEZ



Desde la dominación de los *Paises-Bajos*,



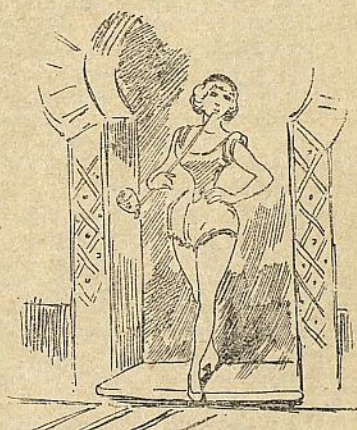
muchas fueron las *luchas intestinas*



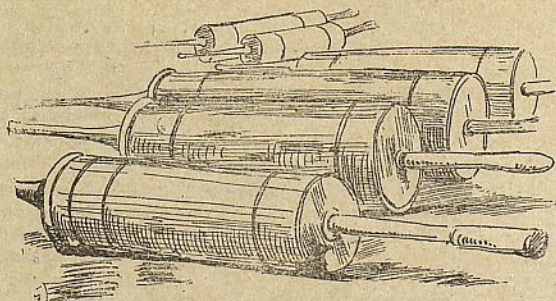
sucedidas hasta llegar á la *Paz armada*



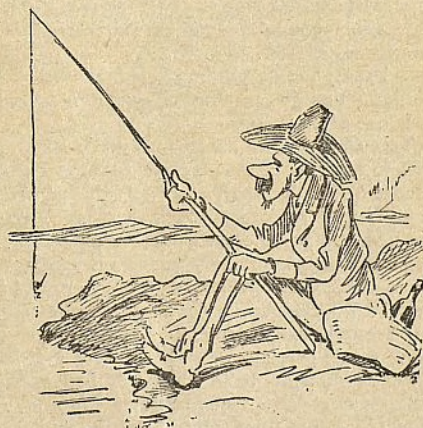
Pero, gracias á la *triple alianza*.



y á una buena *inteligencia* con la *Sublime Puerta*,



que nos asegura las *llaves del Estrecho*,



obtendremos un largo *statu quo*,



mi amigo, y me holgué de ello, para sostener un lujo tan desacorde con sus medios conocidos pero, por otra parte, advertí con pena que Pepe estaba muy desmejorado. Su rostro palidecía, sus ojos parecían fatigados por el insomnio, y en su sonrisa, antes franca expansiva, había así como ironía ó amargura, y en su manera misma de expresarse, chocábame una volubilidad singular, así como si su pensamiento no estuviera acorde con sus palabras. Y en la bella Inocencia advertí así mismo una estudiada gravedad con que, sin duda, pretendía dar á entender la mayor importancia que le daba su cambio de fortuna.

Pasó bastante tiempo sin que volviera á hablar con Pepe ni con Inocencia. Los solía ver en berlina ó en victoria en los paseos, y en palco en los estrenos de los teatros, y algunas veces leía en *La Correspondencia* que habían asistido á tal ó cual fiesta, ó que el inteligente funcionario don José Bobín, que este apellido tenía Pepe, había hecho esto ó lo otro, con aplauso de sus jefes, y todo en beneficio de la Administración pública, en que, al parecer, era sumamente entendido el esposo de Inocencia.

Un día encontré al suegro y le pregunté por Pepe.

—Ese—me dijo—está como quiere. Ya dije yo cuando le conocí que era un mozo listo. No se limita sólo al empleo como uno de tantos empleadillos vulgares que con el sueldo pelado tienen hambre para hoy y necesidad para mañana. El, yo no sé cómo se las compone; pero que gana dinero es evidente, porque para vivir como él vive no se gasta menos de cinco ó seis mil duros al año, y me quedo corto.

—Se dedica á los negocios con fortuna, por lo visto.

—Yo no sé fijamente á que se dedica, porque él es muy reservado; pero en verdad digo á usted que le reconozco una habilidad prodigiosa; porque, mire usted, á sacar dinero aunque sea de las piedras creí que no habría quien me ganara, y él me gana. Mi hija Inocencia no pudo dar con mejor marido que Pepe. Ella, tan aficiosa al lujo y tan exigente en esta materia, lo habría pasado muy mal con marido menos esperto en el arte de hacer dinero. Así está ella de contenta y satisfecha. Yo sí que no estoy contento.

—¿Pues qué le pasa á usted? pregunte á don Perfecto.

—Que el Gobierno me entretiene sin darme el distrito para ser diputado. Ya se ha hecho elección parcial en tres, y siempre me dicen que en el primer distrito que resulte vacante. ¡A un hombre como yo! Al fin tendré que enseñar las uñas al Gobierno.

Y las tenía muy sucias D. Perfecto.

—Aquí—continuó—hay que hacerse temer, y si no, está usted perdido.

—Usted, que no yo, amigo D. Perfecto—le dije—porque no tengo tan altas aspiraciones como usted.

Y nos despedimos.

Tres años duró la buena fortuna de Pepe, y en este tiempo, á pesar de las mayores venturas que aparentemente disfrutaba, perdió su agradable carácter, nublóse su frente, se entenebreció su mirada, palidieron sus labios, y ya no era el hombre simpático, alegre y regocijado á quien tanto querían sus amigos, sino un joven aviejado, taciturno y sombrío, ensimismado y receloso. Y formaban un contraste singular él y su mujer, que cada día se presentaba más risueña y más fastuosa y más preciada de su hermosura y de su lujo.

Peró todo aquel bello edificio de ficticia felicidad vino á tierra en menos que tardo en contarlo. *La Correspondencia* publicó una noche un suelto en que anunciaba

haberse descubierto una grave *irregularidad* en la Administración pública, y que para ocultarla se habían suplantado cifras, falsificado firmas, sustituido nombres; en fin, se habían cometido graves delitos, todo con una habilidad extraordinaria; pero no había sido tan completa la habilidad que no quedase al descubierto la torpeza del delincuente; que por ley providencial, quien comete una mala acción con todas las precauciones y todas las astucias más refinadas, siempre ha de olvidar un detalle por donde se descubre lo que hizo. Publicaba el periódico además las iniciales de los que habían perpetrado el delito, y las de uno de ellos correspondían al nombre y apellido de mi pobre Pepe, de quien decía que había desaparecido.

—Pero ¿fué habido?

—Sí, Pepe fué preso cuando iba á embarcarse para América. Interpusiéronse en su favor grandes influencias, pero no hubo manera de evitar la condena. Pepe, hombre de buenos sentimientos, de nobles y elevadas ideas, hijo de honradísimos padres, á quien todos creíamos incapaz de cometer una acción fea, y lo era, en efecto, antes de casarse con Inocencia, cayó tan bajo y se perdió para siempre por no haber tenido energía bastante para obligar á su mujer á la vida de la modestia y de la honradez, por haber cedido á sus caprichos y á sus exigencias, mostrando una debilidad indigna de un hombre bien nacido. Y ella, luego que vió á su desventurado marido bajo el peso de la fea y grave culpa (él mismo me lo dijo con lágrimas en los ojos), no tuvo para él una frase de piedad, no se confesó culpable tanto ó acaso más que él; pero si tuvo la crueldad de quejarse de su propia desgracia, no de la tremenda que afligía al preso. Mientras duró aquella locura de escandaloso despilfarro, mientras recibió de su marido regalo costosísimos y gozó el producto del abominable delito, no le preguntó porque medios obtenía semejantes provechos, y de tal suerte la cegaba la soberbia y la vanidad, que le impidió ver en el rostro de su compañero la pesadumbre inmensa que le abrumaba, y si la vió, no trató de averiguar el misterioso origen de mudanza tan notable.

Yo despedí á Pepe cuando con otros criminales, custodiado por la Guardia civil, salió de la cárcel para el penal á que fué destinado. Sólo D. Perfecto, el padre que tan malamente educó á su hija, y yo fuimos á estrechar la mano del infeliz rematado. Apenas alboraba el día, Pepe, sucio, demacrado, inclinada la hermosa cabeza sobre el pecho, ahogándole la vergüenza y el llanto, estrechó nuestras manos, y nos dijo:—«Decid á Inocencia que me perdone como yo la perdono; que piense que todo lo he hecho por ella sola, y por ella lo he perdido todo, todo lo que más ama el hombre, la honra y la libertad. Y ya que no me ama, que me compadezca.»

—¡Pobre hombre!

—Hace un año le ví en el penal. Allí se utilizan sus servicios en la oficina, y se le estima por su humildad y su resignación.—«¿Y ella?—me preguntó.—Olvidala—le contesté.—No puedo, porque no puedo olvidar mi culpa. ¡Ay! amigo mío, ¿quien había de pensar la noche del baile en el teatro Real, que, en medio de fiesta tan brillante y seductora, loco de amor por aquella mujer de soberana hermosura, ponía el pie en la fatal pendiente que termina en este abismo de vergüenza y de dolor?...»

—Verdaderamente que es una triste historia la de tu



amigo; pero, eso sí, su mujer es una hembra de primer orden.

—Pues, hijo, sentiria que te enamorases de ella.

—No tengas cuidado; además de que mis severos principios de moral me vedan codiciar la mujer del prójimo, una que ha hecho parar en presidio á su marido hay que verla y, si es tan bella y airosa como Inocencia, admirarla á muy honesta distancia.

CARLOS FRONTAURA.

## CHIRIGOTAS

Nuestras excusas á Apeles Mestres.

En el número pasado le calumniamos... es decir, le calumniaron los cajistas por partida doble.

En primer lugar, donde él había escrito: «Pues el criminal no puede ser otro que el hijo de mi señor, para vengarse de la paliza que les arrimé á él y á mi mujer», pusieron los cajistas: «... á él y á su mujer», lo cual varia completamente el sentido.

Además, nos hicieron decir en el artículo de Roca y Roca que á Apeles Mestres le habia sido prescrito un régimen *diurético*, cuando el régimen á que fué sometido el excelente poeta y artista (y así lo habia escrito Roca y Roca) fué el *diético*.

Que como ven... ¡son otros regímenes!

La verdad es que la culpa de estas erratas es nuestra, por haberlas dejado pasar.

Pero es moda echarle el muerto á los cajistas.

Y ¡qué diablos! no es cosa de que vayamos nosotros á oponernos á las corrientes de la moda.

✱

Toda la atención de España ha estado, durante esta semana, fija en Cataluña.

Primero, el nihilismo en Olot; ahora, la república en Sans, donde se ha dicho si se había ó no se había levantado una partida armada. Y las tropas han estado sobre las armas (por lo visto antes estaban debajo de ellas) y los jefes han dormido en los cuarteles y...

✱✱

¡Ya se armó la gorda!—decían algunos.

Pero la mayoría de las gentes no hizo caso. Porque ya está en el secreto y sabe que esa *gorda* famosa es como un rompe cabezas para niños: se *arma* y se *desarma* con pasmosa facilidad.

✱✱

—No lo dude usted—murmuraba un alarmista—iban mil hombres, quinientos caballos y...

—¿Cuántos elefantes?

—Para bromas estamos. El Gobierno amenaza caer cualquier día.

—Sí: ¡cualquier día el gobierno hace esas amenazas!

✱✱

Lo malo del caso es que ahora no se sabe en donde está la partida dichosa.

—¿Dónde ha de estar? En nuestro estómago. Porque, acostumbrados á esta clase de alarmas, apenas se dió la noticia.... nos comimos la partida.

✱✱

Quedamos, pues, en que la suposición que abrigaban algunos era completamente gratuita.

Y en que gracias á eso no podemos pedir que nos devuelvan el dinero.

✱✱

Si al suceso de Olot y á la sorpresa de Sans siguen otros por el estilo ¡cómo vas á levantarte oh Cataluña!

Van á tenerte más miedo bajo Alfonso XIII, que te tuvieron bajo Felipe IV.

✱

Leo:

«Hasido robada la iglesia de... Tal.»

No, señor.

Lo robado habrá sido lo que había dentro de la Iglesia.

¡Digo yo!

✱

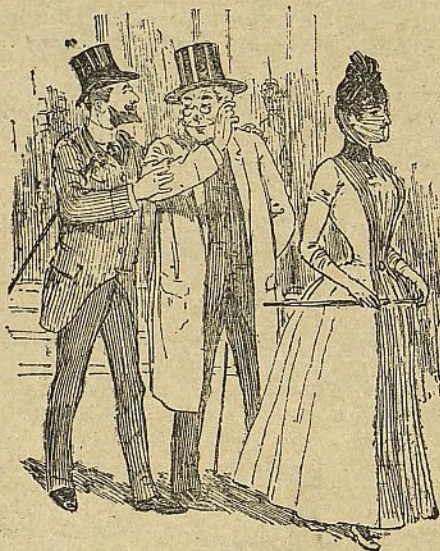
GEROGLÍFICO, POR CILLA.



(La solución en el número próximo.)



## EN LA CALLE.



—Pero, tío ¿es mi novia! —Con que ¿es ésta?  
Pues mira tú: lo siento. —¿Por qué? —¡Amigo!  
Porque aquí el mal no está en lo que la digo  
¡sino en lo que contesta!

Mañana viernes, en la función á beneficio de Dorinda Rodríguez, se estrenará en el Eldorado la comedia en un acto *Mademoiselle*, de Liminiana y *Mecachis*.

Yo conozco la obra y, por tratarse de dos queridísimos amigos y compañeros de redacción, no me atrevería á decir que es buena, si ya no se hubiera representado con éxito excelente en el teatro Lara de Madrid.

Excuso decir que celebraré que el éxito de aquí sea todo lo bueno que los autores y que la Dorinda Rodríguez se merecen.



—Su pié me está enamorando;  
su lindo pié me electriza;  
su pié...

—Usted viene buscando  
que le dé un pié... de paliza.

J. RODAO.



**LIBROS.**—*La boja*, drama en tres actos y *La sala á espera*, lindísima comedia en uno. El ser ambas obras de Guimerá y el haberse estrenado hace poco en Novedades, donde se representan todavía con éxito tan completo como merecido, me ahorra toda alabanza.

*Los belenes*, sainete lírico de los Sres. Perrin y Palacios, estrenado con buen éxito en el teatro Eslava de Madrid. Precio: 1 peseta.

*Siluetas y perfiles*, colección de bellísimos artículos de D. J. Valero Martín. Precio: 3 pesetas.

*Blanco y Negro*, por Carlos Frontaura. Cuanto yo dijera para recomendar esta lindísima serie de artículos de costumbres sería poco. Están escritos con esa soltura y ese gracejo especialísimos que en todas sus obras emplea Frontaura. Como muestra reproducimos,

no la mejor, sino la más corta de las narraciones del libro. Precio: 3 pesetas.

*América y sus mujeres*, por la Baronesa de Wilson. Precio: 5 pesetas.

## CORRESPONDENCIA



A. B.—Barcelona.—Tengo el alto y fastidioso honor de repetir que no se pagan más originales que los que pide la Dirección. ¿Cómo quieren Vdes. que lo diga?

A. C. P.—Valladolid.—No ¡por Dios! no hagamos ovillos.

*Celipe*.—Ni romances chulescos.

*El lila*.—Ni cuartetos inusuales y mal medidas.

R. H.—Cadiz.—A ocho pesetas la colección para los suscriptores; para los no suscriptores á diez. Y el pago, ya se sabe, adelantado.

T. V. O. de Venir.—¡Anda! ¡Pues si esa poesía es de Catarineu! Y publicada aquí mismo, por más señas.

P. D.—Zamora.—Y el asunto de esa es el de una lámina de *Madrid Cómico*.

E. D.—Valencia.—¡Esos son cantares, compadre! Se publicarán casi todos.

A. M. B.—Zaragoza.—Cuando á tu lado me encuentro,  
á pesar de tu alma ardiente,  
yo me siento indiferente,  
me siento frío y me siento ..

Si: vale más que se siente Vd. Sobre todo si ha de esperar á que encuentro y siento sean consonantes.

No son publicables—y dispensen Vds. que no les diga por qué—las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores don A. M. *Dos tranquilos*, C. B., *Padlewski bis*, S. A. y C., *El gárgaras*, J. B., *Pam y C.* de R. (Barcelona).—T. B. *Vara tiesa* M. N. S., *El alguacil alguacilado*. E. M., *Riquitru* y J. N. R. (Madrid).—A. H. (Gijón).—P. C. y P. de P. (Sevilla).—*Un chistado como hay muchos*.—*El Noy de la Riba* y F. G. (Lugo).

Y... el cuento eterno: quedan muchas cartas por contestar.

## Cuadro de honor

## CORRESPONSALES

## que nos deben y no nos pagan

	Ptas.
D. Ignacio Guerola, de Valencia	261
» P. García de Valladolid, de	
» Murcia	152'68
» Severino Valdés, de Gijón	105'50
» Pedro Arnaez, de Ávila	106'80
» Ramón Perez, de Alcoy	50'38
» E. Araujo Bodero, de Lugo	64'50
» J. Julián, de Almería	30
» Juan J. del Aguila, de Vigo	46
» Manuel Garrigós, de Murcia	65'40
» Constantino Vilasau, de Palafrugell	
» Miguel Escobedo, de Novelda	19,62
» Santiago Perez, de Cáceres	18
TOTAL. . . Pesetas	919'88

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro 9, (pasaje)—BARCELONA.